

REQUIESCAT IN PACE: LA MUERTE Y EL DUELO EN LAS VIVENCIAS DE UNA NIÑA DE LA POSGUERRA

Piñataro Gómez, Beatriz¹ | Sonlleva Velasco, Miriam

RESUMEN

La comunicación que presentamos a continuación pretende ahondar en uno de los temas más importantes y silenciados en la historia de nuestra educación: la muerte y el duelo. El objetivo de esta contribución es conocer a través de un relato de vida realizado a una mujer septuagenaria, cómo han ido influyendo escuela, familia y religión en el tratamiento de la muerte y el duelo y averiguar cómo este proceso ha ido conformando el imaginario que esta persona tiene sobre esta temática y lo que han supuesto estas enseñanzas en su vida. Nuestro interés radica en apoyar la importancia del tratamiento educativo de la muerte y el duelo desde las aulas de Educación Primaria, con el fin de posibilitar un desarrollo pleno, libre e integral del individuo no sólo en el plano académico, sino también en el emocional.

Palabras claves: Duelo, educación, género, muerte, relato de vida.

REQUIESCAT IN PACE: THE DEATH AND THE MOURNING IN THE EXPERIENCES OF A GIRL OF POSTWAR

ABSTRACT

The communication that follows aims to delve into one of the most important and silenced in the history of our education topics: death and bereavement. The aim of this contribution is known through a life story made a septuagenarian woman, how they have been influencing school, family and religion in the treatment of death and mourning and find out how this has shaped the imagination that this person has on this subject and what have brought these teachings in your life. Our interest lies in supporting the importance of educational treatment of death and mourning from the classrooms of primary education, in order to allow full, free and comprehensive development of the individual not only academically but also emotionally.

Key Words: Duel, education, gender, death, life story

¹ Master en Investigación en Ciencias Sociales, Doctoranda en Investigación Transdisciplinar en Educación; Universidad de Valladolid (España) E-mail: bea687@hotmail.com

1. Introducción

Fallecer, perecer, desaparecer... palabras muy sonadas en los años de la posguerra y a la vez acciones muy silenciadas. El amontonamiento, el trato vejatorio, las malas condiciones higiénicas, la falta de alimentos, la privación de libertad o la enfermedad fueron algunos de los motivos que hicieron morir a más de 30.000 españoles en los años que siguieron a la guerra (Abella, 2008).

El papel preponderante de la religión en el “Nuevo Estado” surgido tras el conflicto bélico, hizo que el resto de instituciones sociales quedaran impregnadas por sus enseñanzas (Roig, 2002). En todo lo relacionado con la muerte y el duelo, la Iglesia jugó un papel fundamental; durante estos años agudizó un discurso en el que primó el miedo, dictó estrictas normas sociales frente a los lutos e impuso la fe como única arma en la que apoyarse frente a la muerte.

Los niños españoles que sufrieron la triste década de los años cuarenta y cincuenta, vivieron su infancia conviviendo a diario con el fallecimiento de familiares, amigos y vecinos. La familia, la escuela y la Iglesia fueron sus referentes en cuanto a la educación recibida durante ese período.

El discurso monopolizador de la Iglesia frente a la temática de la muerte hizo que los niños vivieran la fe con esperanza, creyendo que existía un mundo más allá de la vida terrenal en el que no había dolor y todo era felicidad. Pero este mundo de “salvación” sólo estaba abierto para quienes creyeran en Dios y siguieran las directrices marcadas por la Iglesia. Para aquellos no considerados “buenos cristianos” quedaría un periodo de justificaciones ante El Señor, en el Purgatorio.

Nuestro trabajo tiene como finalidad investigar acerca de cómo se llevó a cabo la muerte en educación en la posguerra española (1939 – 1951) desde tres planos diferenciados: familia, escuela e Iglesia, y cómo sus enseñanzas fueron labrando la identidad de los niños frente a este tema.

El objetivo de la comunicación que presentamos a continuación es indagar cuáles fueron las enseñanzas frente a la muerte que se transmitieron en esos años y cómo éstas fueron conformando las prácticas sociales de toda una generación. La herramienta que hemos utilizado para realizar nuestro estudio fue el relato de vida centrado en la infancia, realizado a una mujer septuagenaria. A través del mismo pretendemos conocer desde los ojos de un niño de estos años, cómo se vivenciaba el tema de la muerte y el duelo.

Desde las palabras de nuestra cohistoriadora, pretendemos ahondar en uno de los temas más silenciados en la historia de la educación, proporcionando argumentos para apoyar la necesidad de educar para la muerte y el duelo en nuestras aulas, y eliminando los prejuicios que suscita esta temática, apoyando el argumento de Herrán y Cortina (2008), de que si se educa para la vida, debemos educar también para la muerte.

2. Metodología

2.1 *El porqué de la utilización del método biográfico – narrativo en esta investigación*

Hemos abordado nuestro objetivo de investigación partiendo de la metodología cualitativa, utilizando el método biográfico – narrativo en una de sus vertientes: el relato de vida.

Gracias al relato de vida podemos aproximarnos a la historia social y cultural, porque esta herramienta no sólo nos permite conocer la trayectoria vital del entrevistado, sino su sociabilidad y su vida cotidiana, pudiendo reconstruir aspectos del pasado poco frecuentados por la historia educativa convencional, a través del testimonio oral (Egido, 2009).

El relato de vida de una mujer de 78 años, focalizado en su etapa infantil, nos permitirá ahondar en las vivencias y aprendizajes de una niña de la posguerra frente a la muerte y el duelo y cómo éstos han ido conformando la visión que ella tiene de esta materia. Hemos escogido a una mujer de avanzada edad porque a través de sus experiencias podemos tener una vista panorámica de cómo se ha trabajado la identidad del sujeto, así como los prejuicios y asunciones que la familia, la escuela y la Iglesia han ido labrando en su imaginario frente a la problemática de la muerte, vinculando lo que Ferrarotti (2007) denomina *texto y contexto*, es decir la percepción del individuo que cuenta su historia con un ambiente contextual determinado.

Las vivencias en torno a la muerte y el duelo narradas por nuestra relatora, significan para nosotras la posibilidad de reconstruir un tiempo y una educación pasadas, que nos muestran unas enseñanzas que no promovieron el desarrollo de todas las facultades del ser humano, sesgándole así una parte de su propia identidad y marcándole la vida, porque ¿cómo se entendería la vida sin la muerte?

El método biográfico – narrativo nos facilita la posibilidad de mantener un compromiso con la sociedad en la que vivimos y mirar más allá de nuestros propios pensamientos, construyendo historia desde la voz de sus participantes (Rivas, 2012). Creemos que partiendo de esta metodología, como indica Bolívar (2014), fomentamos el discurso de la individualidad, damos significación a la palabra y tomamos lo humano como referente desde el que contar la historia.

Contar la historia del otro aprendiendo a ponerse en su lugar, supone un acto de bondad, un esfuerzo por volver a dar significado a las interpretaciones existentes (Molina, 2010).

Por todo ello, el método biográfico narrativo es para nosotras una manera de entender la educación y la investigación, un compromiso ético y moral, la base de nuestra forma de pensar.

2.2 Conociendo a nuestra protagonista

La narradora de nuestro relato de vida es una mujer, nacida en el año 1937 en un pueblo muy cercano a la ciudad de Segovia.

Su madre era ama de casa y su padre labrador. Durante su infancia disfrutó de la compañía de sus cinco hermanos, pero la desgracia quiso cebarse con su familia y que todos ellos fueran muriendo siendo niños.

Comienza su escolaridad a la edad de seis años y abandona el colegio al terminar la enseñanza primaria, con 14 años. En estos años de escuela, las enseñanzas religiosas invadieron el *curriculum*, pero en el aula el tema de la muerte es silenciado.

Su vida transcurre en continua convivencia con la muerte y el duelo por el fallecimiento de sus hermanos y después de sus padres, además de otros familiares. Encuentra su refugio y consuelo en la fe. Las creencias que desde pequeña la han transmitido sus padres, su maestra y la sociedad en la que convive, son la base para sobrellevar la pérdida.

3. Aspectos teóricos

3.1 El duelo

Duelo es dolor, el más inmenso, el más intenso, la pura esencia del dolor. Del duelo duele todo, duele verlo, duele oírlo, duele decirlo, pero lo que más duele es sentirlo; es un dolor total que condiciona todos los planos y espacios de la persona, su presente y su futuro.

Como hemos dicho, del duelo lo que más duele es sentirlo. ¿Sentirlo? En ocasiones, la mente busca soluciones al dolor. Rothfuss (2009) reflexiona sobre las escapatorias a las que la imaginación recurre cuando siente dolor, como la utilización del sueño para refugiarse del mundo, la potenciación del olvido como herramienta para curar las heridas; en casos extremos, la recurrencia a la locura o como última estancia, la muerte, el lugar donde nos enseñaron que nada duele.

Este dolor puede ser generado por diferentes sombras que nos persiguen en la vida, lados oscuros que no sabemos que están, ni cuándo aparecerán, pero mucho menos el dolor que nos deparará. Este dolor es la unión de muchos otros sentimientos encontrados, siendo la lástima y la pena los que emergen sobre los demás.

Pero ¿qué es lo que duele? El dolor es el no tener, el haber perdido, el no poder disfrutar, el no poder ver, no poder tocar, no poder sentir, no poder abrazar... ¿Y qué es el duelo? Nomen (2007) afirma que el duelo es el proceso de adaptación que se debe producir de forma obligatoria ante una pérdida significativa. Para Cobo (1999), el

duelo es la consecuencia de los sentimientos de apego y desapego; es decir, pasar de sentir el amor y necesidad de algo o alguien, a dejar repentinamente de poder disfrutar de ello. Meza et al. (2008) narran el duelo como la reacción natural ante la pérdida de algo significativo, o también la reacción emocional y de comportamiento en forma de sufrimiento cuando se rompe la afectividad.

En silencio el duelo siempre está, apartado de la vida como una peste de la que no se desea hablar, pero en lo más profundo de cada ser, desde jóvenes, las preguntas nos invaden sobre él; quizás el caso más claro sea la muerte. La muerte es el final, el final o el principio de la vida para quienes creen en el “más allá”.

Lo más importante a nuestro parecer es su por qué; la finalidad del duelo. Comúnmente el duelo es visto como algo negativo, por el duro proceso que desencadena, pero hemos de ser conscientes que sin cruzar de una forma funcional este proceso, nunca superaríamos las pérdidas. El duelo ha de ser entendido como la lucha, una batalla que hemos de lidiar, la más importante y dura puesto que es con nosotros mismos; luchar por ver la luz al final del sendero, ser capaces de llegar, acariciarla y volver a sonreír, tanto es así que el Diccionario de la Real Academia de la Lengua define el duelo, en su primera acepción, como combate o pelea por un reto o desafío; y ¿para qué se produce el proceso de duelo? Para, como hemos señalado anteriormente, volver a sonreír, para lograr ese equilibrio mental que expone Nomen (2007) influido por motivaciones intrínsecas, extrínsecas y cognitivas que llevan al bienestar general del cuerpo.

3.2 Duelo por muerte

Como hemos estudiado, el duelo es producido por cualquier pérdida significativa, pero centraremos nuestro trabajo en la pérdida más dolorosa, irreversible y eterna: la muerte, ese gran gigante con el que convivieron millones de españoles durante la posguerra.

El duelo por muerte es uno de los temas más estudiados y a la vez más considerados tabú; algo que desde siempre se sufre en silencio, en soledad, no se comparte y por ello no se encuentra el sentido a lo ocurrido ni al proceso que la persona está padeciendo. Martín (2011) explica que se hace difícil asumir la muerte de un ser querido por la falta de aceptación socio-cultural ante todo lo relacionado con la muerte y el posterior desconocimiento sobre el duelo.

La muerte, el dolor, el duelo, al igual que cada una de las situaciones, pensamientos y emociones en la vida, son totalmente subjetivas. No obstante, la reconocida autora Küber-Ross (2006), enumera las etapas de duelo centrado en la muerte: negación, ira, negociación, depresión y aceptación, pero este proceso viene acompañado del apoyo en unos referentes a los que nos agarramos para llegar a esa superación.

La familia, la religión, la escuela y la costumbre en cuanto a las formas de hacer y gestionar el duelo, eran los referentes utilizados para gestionar esos sentimientos y emociones que afloraban ante la pérdida de un ser querido durante la posguerra, y que los niños aprendían desde pequeños. A continuación pasamos a realizar un breve análisis sobre los mismos.

3.3 Educación familiar frente a la muerte y el duelo

La relación entre muerte, familia y duelo ha tenido fuertes vínculos a lo largo de toda la historia. Como afirman Gala et al. (2002), hasta mediados del siglo XX, la muerte se afrontaba en el hogar. La inexistencia de tanatorios y las malas condiciones económicas hacían que la muerte y sus rituales fueran vivenciados en el propio domicilio del fallecido.

Estas premisas unidas a las malas condiciones que siguieron a la guerra, hacían que la enfermedad y la muerte convivieran a diario con los niños. Como afirma De Miguel (1995), se trataba de una experiencia habitual en sus vidas, que empezaban a ver desde muy pequeños. Estar “tan cerca de la muerte” hacía que los niños la vivieran como un hecho normal, no como algo extraño, pero de lo cual no podían hablar; preguntar, simplemente imitar; así fueron aprendiendo los protocolos que la comunidad realizaba frente ante tal hecho.

El ritual de despedida a familiares, amigos y vecinos comenzaba con el cuidado de la persona agónica. Las mujeres de su alrededor se encargaban de estar junto a él (Cano, 2001). Cuando la muerte era inminente rezaban para que no sufriera y para que este trámite entre el mundo consciente y el inconsciente fuera lo más rápido posible. Una vez muerto, las mujeres se encargaban de los trámites de amortajamiento y los hombres llevaban a cabo las gestiones necesarias para el enterramiento.

La sociedad entendía como “buena muerte” aquella en la que el enfermo, yacente en su cama, se encontraba rodeado de todas las personas que le querían y actuaban como un soporte de seguridad para él (Carcay, 2002). No había normas, no había horarios, todos sus seres queridos le acompañaban, sólo la costumbre y la tradición se tornaban como formas de actuar.

Cano (2001), expone que durante el velatorio, realizado en la habitación del difunto, generalmente las mujeres y vecinas se sentaban cerca de la cama donde se encontraba la persona fallecida y rezaban por su alma durante toda la noche. Los hombres, a menudo de pie, también guardaban su particular acompañamiento al difunto hablando en otra habitación o en el pasillo y cavándole la tumba.

Pasadas veinticuatro horas después del fallecimiento, se procedía al enterramiento. El sacerdote iba a casa del difunto, acompañado por un monaguillo que portaba una gran

cruz, rezaba algunas oraciones en el hogar y después se dirigían al cementerio. El ataúd era llevado en hombros por familiares y amigos (generalmente masculinos) hasta el lugar de enterramiento. Una vez allí, los seres queridos se posicionaban alrededor del sepulcro y rezaban por el alma del cadáver (Cano, 2001). Después de los ritos funerarios, un referente familiar femenino que solía ser la madre, la esposa o la hermana mayor del difunto, cogía un puñado de tierra como señal de despedida y la rociaba sobre el ataúd; a continuación, la arena de las palas de los enterradores cubría el féretro para siempre

Después de morir, era habitual que la familia tuviera en casa una fotografía mortuoria que dejaba un recuerdo eterno del ser querido. Ésta también se enviaba a los seres queridos para que le recordaran eternamente (Oviedo et al., 2009).

La demostración externa de la pérdida del ser querido se manifestaba de forma rigurosa. La familia, especialmente las mujeres, teñían sus ropas de color negro y se recluían en casa durante un periodo de tiempo prolongado. Todas sus actividades cotidianas quedaban reducidas al trabajo y la asistencia a misa.

Los niños vivían desde pequeños lo que significaba la muerte y el duelo; y llegando a la adolescencia, sobre todo en los núcleos rurales, seguían las tradiciones del luto, igual que el resto de los familiares.

La sociedad asimilaba la muerte en el ámbito familiar como una estructura predeterminada en la que se sustituían hijos muertos por nuevos embarazos, o viudos por hijos mayores que asumían sus papeles (De Miguel, 1995).

La Iglesia jugaba un papel fundamental en el cumplimiento de las normas sociales preestablecidas frente al duelo. La familia de la posguerra se convirtió en centro y cuna de los valores cristianos (Peinado, 2012) y seguía todas las directrices que ésta le marcaba.

En estos años se teme a la propia muerte, pero sobre todo se siente miedo por la muerte de los allegados. La familia tiene la obligación de que éstos no queden en el olvido, por ello se visitan continuamente las tumbas de las personas queridas, en las que suele escribirse “la vida pasa, el recuerdo queda”. La memoria, gracias a la realización de misas por el alma del difunto y la visita al sepulcro, proporcionaban una inmortalidad social de ese ser humano (De Miguel, 1995)

3.4 La escuela frente a la muerte y el duelo

La escuela de la posguerra se convirtió en la principal plataforma del Régimen desde la que transmitir sus ideas. La unión Iglesia – Estado quedó patente en todos los niveles educativos; baste recordar la Ley de Reforma de la Enseñanza Media en España de 20

de septiembre de 1938, la Ley de Ordenación Universitaria de 29 de julio de 1943 o la Ley de Educación Primaria de 1945.

Todas las leyes educativas dictadas en el primer franquismo tenían un fuerte carácter elitista, católico y segregador, que buscaba el ascenso al poder de las clases dirigentes y el adoctrinamiento de las capas humildes. Fueron pocos los niños de clase baja los que lograron llegar a las enseñanzas medias, y efímero el número de jóvenes menos favorecidos que alcanzó aprender en la universidad. Estas consideraciones nos llevan a centrarnos en las enseñanzas primarias, por ser éstas las más cursadas por los niños españoles de la época, y por considerarse este nivel como el más adoctrinador.

Juliá (2003) expone que en el ámbito educativo elemental, el control de la Iglesia fue total, desde el expurgo de los libros, hasta la depuración de maestros pasando por el control y la inspección de todos los aprendizajes enseñados en el aula; la institución eclesiástica fue el centro de referencia para la escuela.

De Puelles (2009) argumenta que la religión se convirtió en estos años en el principio rector de la Educación Primaria, fruto del dominio de la Iglesia en materia educativa. La Educación Primaria de los años 40 – 50 estaba impregnada de actos y celebraciones religiosas muy vinculados con lo que se vivenciaba en la sociedad. Los maestros debían educar a su alumnado según la doctrina cristiana y para ello se disponía en las normativas educativas, de un amplio horario escolar en el que primaban la enseñanza de la Religión y de la Historia Sagrada. Crucifijos, estampas de la Virgen e imágenes de algunos Santos, convivían a diario con los alumnos de las aulas primarias españolas.

Resulta curioso que aunque todos los actos de la vida de una persona de la posguerra estuvieran íntimamente relacionados con la religión católica (bautismo, comunión, confirmación, matrimonio...) y fueran reforzados por la escuela, otros temas cotidianos fueran silenciados. El embarazo y la muerte eran dos de esos temas encubiertos, vetados, de los que era mejor no hablar en la escuela por no considerarse educativos, y dejar su tratamiento a la familia y sobre todo a la Iglesia.

En cuanto a todo lo relacionado con la muerte, como afirman Hernán y Cortina (2007) siempre se ha considerado “un tema de mal gusto”. Al muerto se le encajona, se le camufla, se le cubre con flores...no está, no existe, se le relega; por ello no se ha considerado un tema que se deba tratar en las aulas. La familia, la religión, la cultura es la encargada de trabajar sobre este asunto, pero la escuela no.

Cuesta creer cómo en años en los que cualquier tema escolar era aprovechado para impregnar a los niños del espíritu católico, no fuera tal el tema de la muerte. Cuando un niño sufría la pérdida de algún familiar, algo frecuente en esos años, se prefería no hablar sobre el tema en el aula. Era común que incluso el niño no asistiera a la escuela durante el primer periodo de duelo.

Muerte y educación eran dos temas separados, sin vinculación y asociados al mundo de la religión. De esta forma, como apunta Vilanou (2015), la cuestión sólo era presentada en la escuela bajo catecismos y devocionarios adaptados a la mentalidad infantil, en los que se hablaba de la muerte de Jesucristo y su posterior resurrección.

Para los niños era suficiente con que, desde el ejemplo de Jesús, fueran comprendiendo la existencia de una vida eterna que seguía a la terrenal y para la que había que aprender y comportarse como un buen cristiano. Cumplir los mandamientos de la Ley de Dios y comportarse según las pautas cristianas marcadas, era el principio del camino hacia la salvación.

3.5 La religión católica: el refugio frente a la muerte y el duelo

La Religión Católica ha mostrado sus creencias, valores y ética desde tiempos ancestrales. Desde los inicios de la Guerra Civil, la Iglesia se posicionó cercana a las ideas del franquismo para conseguir los apoyos perdidos en años republicanos y salir reforzada de esta relación. Su apoyo incondicional al Régimen hizo que se creara un fuerte vínculo entre Iglesia y Estado, y que ambas instituciones se beneficiaran de la situación de miseria en la que se encontraba el país después de la guerra (Roig, 2002).

Durante estos años la institución eclesiástica monopolizó todos los ámbitos de la vida pública y privada, y se constituyó como el principal referente familiar y social. En cuanto al tema de la muerte, no lo fue menos. Como afirma Vilanou (2015), frente a la desolación vivida por la pérdida, el cristianismo incorporaba una perspectiva esperanzadora prometiendo la vida eterna. La resurrección de Cristo era la garantía de que también existía la resurrección humana.

El gran triunfo de esta creencia es la confirmación de más seguidores, puesto que gracias a esta promesa, las personas encontraban consuelo al dolor de la pérdida, al sinsentido de la vida humana, al por qué nacemos, si vamos a morir; este pensamiento les ayudará a sobrellevar el miedo que se siente hacia la muerte, hacia el dolor, hacia lo desconocido, hacia lo que no podemos saber.

El cristianismo ha enseñado a sus fieles que la muerte es una continuación de la vida. Un cambio de forma, de ser, de estar, el fin del cuerpo pero no del alma. Un alma que se presentaba como inmortal.

La figura de Cristo y sus formas de actuar debían ser seguidas por los fieles para alcanzar la vida eterna. Una serie de normas morales y sociales hacían llegar al final de ese camino deseado. Como apunta Aventín (2001), la Iglesia utilizó toda esa trama para reconducir el tema de la muerte, utilizando el miedo como principal factor.

Las malas acciones llevadas a cabo durante la vida terrenal tenían sus repercusiones en el juicio final, en el “más allá”. Todo lo relacionado con la muerte era controlado por la Iglesia durante esos años, hasta la propia fe. Esa arraigada convicción se demostraba a través del número de misas, limosnas y plegarias que los familiares del difunto le dedicaran, previo pago de las mismas a la Iglesia (Aventín, 2001), lo que demuestra la “rentabilidad” que ha supuesto para la Iglesia, el ser el único refugio desde el que afrontar la muerte y el duelo.

Familiares, amigos y vecinos, ante la muerte de una persona allegada, buscaban en la Iglesia su consuelo, creyendo que después de la muerte existía otra vida, siendo ésta el único reducto en el que se hablaba de ella.

4. Resultados

Geertz (2003) manifiesta que la cultura se urde por el conjunto de significaciones que los humanos, de forma subjetiva, le atribuimos. Esos símbolos nos aportan el sentido de cómo el sujeto concibe la vida y la muerte. En la transmisión de la cultura española, a lo largo de la historia han tenido un papel fundamental tres agentes educativos: familia, escuela e Iglesia.

4.1 Educación familiar

La familia se considera el primer agente de socialización del sujeto, el primer referente y manantial del que emana la cultura. Durante los años del primer franquismo, la familia era para el Estado el prototipo de sociedad perfecta, la cuna de los valores cristianos (Peinado, 2012). Desde ella, a los niños se transmitían desde el nacimiento los valores, costumbres y tradiciones sociales más arraigados en ese periodo.

Nuestra cohistoriadora nos habla así de sus experiencias familiares en torno a la muerte:

Cuando eres pequeño apenas piensas en la muerte... la verdad es que las personas que vivimos la posguerra, oíamos el tema de la muerte a diario. Cuando no se había muerto alguien por enfermedad, le habían matado o había tenido un accidente... convivíamos con la muerte a diario.

En mi caso yo tuve la muerte bien cerca siendo niña. Nací en una familia numerosa, conmigo éramos seis hermanos y mis padres, pero quiso la mala suerte que sólo yo quedara viva de los seis hermanos. Todos murieron siendo niños, porque mi madre no les podía criar. En estos años se pasaba mucha miseria y mi madre no podía darles de mamar, así que desde muy chiquitines, para que no murieran, a algunos se les dejaba a mujeres de confianza que habían tenido bebés y si tenían leche con la que poderlos criar.

Recuerdo fielmente cómo teniendo yo ocho o diez años, mis padres tuvieron un hijo y al poco de nacer, mi padre me dijo que le acompañara al pueblo de "Pelayos del Arroyo", para que una mujer que vivía allí le pudiera criar. Al poco tiempo de estar mi hermano allí, la mujer mandó recado a mis padres que el niño estaba muy malito y que fueran a por él pronto. El mismo día de los Santos, el 31 de noviembre, mis padres fueron a por él, y recuerdo que el día 8 de diciembre falleció.

Tengo marcada la muerte de este hermano porque recuerdo que cuando murió, mis padres le tenían en casa, tumbado en la cama y cuando se llegó la hora de enterrarle, no se me olvidará nunca que le metieron en una cajita pequeña, blanca y algunas chicas del pueblo llevaron la caja hasta el cementerio. En estos años había la tradición de que cuando un niño moría eran las niñas más mayores del pueblo las que llevaban la caja al cementerio, en cambio, si era una persona mayor, este trayecto le hacían los hombres (familiares, amigos y vecinos).

Al resto de mis hermanos les pasó lo mismo, a las mujeres que se les dejaban para que les dieran de mamar no pudieron darles lo suficiente y los niños se murieron. Otros murieron de enfermedad, me acuerdo que uno de ellos murió por una meningitis.

Recuerdo que mi madre lloraba mucho, pero delante de mí intentaba guardarse las lágrimas... yo veía que ella estaba sufriendo y aunque era niña sabía muy bien lo que estaba pasando, pero no quería preguntarla por el tema de la muerte para no hacerla más daño.

Luego de más mayor, con doce o catorce años, recuerdo la muerte de muchas personas... en los años cincuenta la esperanza de vida era menor que en nuestros días. Que una persona llegara a los ochenta años, casi era raro y se consideraba a esa persona muy mayor. Los hombres solían fallecer entre los sesenta y los setenta años y las mujeres, un poco más mayores, pero no mucho más.

La muerte de cualquier miembro de la familia, se vivía de forma mucho más dura que ahora. Yo creo que se sentía la pérdida mucho más desde el corazón que ahora, de forma más triste. Cuando alguien moría, en casa todo se paraba. Parecía que con la persona muerta se habían ido también los demás miembros de la familia.

Los lutos eran muy rigurosos. Dentro de casa se pasaba el día en completo silencio, nos teñíamos toda la ropa de color negro y durante al menos tres años no asistíamos ni hombres, ni mujeres, ni a bailes, ni a fiestas ni a ningún tipo de celebración. Sólo salíamos para ir a la escuela, a trabajar al campo e ir a la Iglesia.

Recuerdo que como no había mucho dinero, las ropas del difunto que fueran aprovechables se las ponían los familiares cercanos y las reutilizaban. Pantalones, camisas, faldas... todo valía.

La familia te obligaba a guardar ese tiempo de luto, después de la muerte del familiar y las mujeres, en la mayoría de los casos, no se desprendían de ese luto para el resto de sus vidas. Eran costumbres sociales que desde luego eran respetadas por todas las personas del pueblo. Todo aquel que no las cumpliera era criticado por los demás, sobre todo si esa persona era una mujer.

Ese periodo de tres años, en el caso de las mujeres solía ser mayor, en función del familiar que se hubiera muerto. Si eran sus padres, un hijo o su marido, ellas guardaban el luto de por vida. Para los hombres eso cambiaba. Ellos se ponían un pañuelo negro atado al brazo y después de un par de años ya iban a la taberna y salían a hablar con los amigos.

4.2 La escuela como agente formador

Junto con la familia, la escuela se convierte en la segunda inmersión cultural desde la que el sujeto va conociendo el mundo que le rodea y aprendiendo de los valores y costumbres culturales.

De Puelles (2009) afirma que la educación se convirtió en estos años en sierva de los intereses de la Iglesia y el Estado; de esta forma, los niños llevaban a cabo diariamente prácticas relacionadas con rezos al comienzo de las clases, cánticos en honor a la Virgen, oraciones, asistencia a sermones...

A pesar de ello, en la escuela, el tema de la muerte se ignoraba, era silenciado y siempre que se abordaba se hacía desde el plano religioso.

Esta idea podemos comprobarla en el relato de vida de nuestra cohistoriadora:

Aunque cuando era pequeña las muertes estaban a la orden del día, tanto de niños como de adultos, en el colegio jamás tratábamos esos temas.

Me acuerdo que casi todos los niños que íbamos al colegio en estos años, ya habíamos sufrido desde pequeños lo que era la pérdida de algún familiar cercano. Quien más y quien menos había perdido a un hermano, a un abuelo o incluso a alguno de sus padres, pero allí en la escuela nadie sacaba el tema.

La verdad es que en la escuela sí que trabajábamos muchos temas relacionados con la Iglesia, porque cada mañana antes de dar clase rezábamos un Padre Nuestro, en el mes de mayo llevábamos flores a María, y la maestra nos enseñaba muchas oraciones y nos acompañaba a misa algunos domingos.

Respecto al tema de la muerte en clase no hablábamos de él. Igual que a los niños nos decían que a los bebés les traía la cigüeña, porque no se hablaba de nada relacionado con la reproducción en la escuela, respecto a la muerte nos zanjaban el tema diciéndonos que la persona se había ido al cielo.

De la única muerte que hablábamos en la escuela era de la de Jesucristo, que había muerto en la cruz y por él rezábamos todos los días antes de empezar la escuela. Nos poníamos de pie y rezábamos el Padre Nuestro. Él era nuestro ejemplo, el que debíamos seguir.

La escuela en estos años estaba muy vinculada con la Iglesia. Recuerdo que la mayor parte del horario escolar lo pasábamos aprendiendo Historia Sagrada y el Catecismo. El cura del pueblo solía venir muchas veces a hacernos visitas a la escuela y se llevaba muy bien con los maestros.

Las niñas teníamos mucho respeto por el párroco y por todo lo que nos dijeran tanto él como la maestra, así que... si nos surgían dudas o ganas de hablar de algún tema como éste de la muerte o cualquier otro, no lo preguntábamos. A estos temas se les tenía mucho respeto y los niños ni se nos ocurría hablarlos con nadie.

4.3 Influencias eclesiásticas

La religión, como parte fundamental de la cultura, ha ido saciando la sed de conocimientos que el sujeto tiene, en forma de miedos, en torno a la muerte influyéndole en el plano moral, en las costumbres y en las formas de actuar frente a ella. En España, la arraigada tradición católica ha ido conformando los pilares de nuestra educación frente a la muerte y el duelo, y así podemos distinguirlo en una de las narraciones de nuestro relato de vida:

Los ritos funerarios siempre han estado muy relacionados con la Iglesia. Antes cuando una persona enfermaba o incluso cuando había fallecido de forma repentina, el sacerdote la daba "la extremaunción" y ya podía descansar en paz.

En mis años de niñez y juventud no había tanatorios y velábamos a los familiares fallecidos en casa. Recuerdo que cuando alguien moría, las mujeres de la casa solían realizar los trámites del amortajamiento; limpiaban el cadáver, le ponían sus mejores ropas y después le tumbaban en la cama y adecentaban con velas la habitación.

Los familiares, amigos y vecinos, venían a casa a dar el pésame a la familia y las mujeres más allegadas se quedaban sentadas en sillas cercanas al cadáver toda la noche, velándole y rezando por su alma. Los hombres se ponían en el comedor mientras tanto. El hecho de que las personas del pueblo y los familiares te acompañaran en esos momentos era muy importante, porque te sentías querido, arropado...

El sacerdote también iba a casa. Cuando alguien moría, un familiar iba a avisarle y él se acercaba y rezaba algunas oraciones junto a los familiares. Pasadas veinticuatro horas, antes de ir a enterrarle, el sacerdote volvía a la casa para ir al cementerio. En la misa de funeral y en la de privilegio siempre se ha hablado de que las personas que fallecen se van a un lugar mejor a descansar en paz.

A nosotros nos educaron en la fe, y aunque las muertes siempre han sido dolorosas, el apoyarnos en la Iglesia y en las palabras sagradas nos ayudaba a salir adelante. Es muy importante creer en algo para que la vida tenga sentido...

La Iglesia para mí ha sido muy importante y lo sigue siendo, además de que me he criado en ese ambiente de misas, y de momentos asociados a la religión y a mí me parece que de ella he aprendido muchas cosas buenas. A nosotros nos han enseñado desde bien pequeños, tanto en casa como en la escuela, que la fe nos ayuda a superar los momentos malos y con el tema de la muerte yo creo que te sientes mejor si crees que hay vida después que si no crees en nada.

El refugiarse en la Iglesia te hacía llevar el duelo de otra forma. Cuando moría algún familiar cercano, el primer año se le solía hacer misas en su recuerdo todos los meses, hasta que se llegaba el aniversario. Luego todos los años se le recordaba en una misa de privilegio. Yo todavía pido misas de aniversario por mis difuntos, por muchos o pocos años que hayan pasado.

La celebración del "día de todos los Santos" también era un día para recordar a los difuntos. Todos los familiares íbamos al cementerio. Recuerdo que al pueblo venían allegados de Madrid, de Segovia... todos nos reuníamos alrededor de la tumba del familiar fallecido, y poníamos dinero encima de ella. En función del dinero que

pusiéramos el cura rezaba más oraciones o menos y aunque la gente fuera pobre, siempre sacaba dinero para que a sus muertos les rezara una oración.

Días antes del día de los difuntos, como había menos recursos que ahora, las mujeres iban a limpiar las tumbas y cortaban "las flores de los Santos", y con un poquito de hierbabuena se hacía un ramo y se llevaba a adornar las tumbas.

Siempre que se recordaba el nombre del difunto se solía decir "Que Dios le tenga en su Gloria". El respeto hacia las personas fallecidas era muy grande.

Ahora la gente lo lleva de otra manera... no van tanto a la Iglesia y los 31 de octubre, el cementerio está lleno de gente mayor... ya no se guardan los lutos, ni se respeta de la misma forma a los difuntos.

5. Conclusiones

La muerte ha sido el mayor tabú de nuestra cultura a lo largo de la historia. El miedo, el no saber, el no poder hablar de, y la ausencia de criterios científicos en cuanto al tema, han impedido, aun hasta nuestros días, educar al individuo en esta cuestión.

Como apuntan Gala et al. (2002), en las últimas décadas ante el tema de la muerte se han manifestado nuestros mayores miedos y hemos querido apartarla de nuestro lenguaje, de nuestras enseñanzas, sin darnos cuenta de que la muerte implica vida.

A lo largo de una gran parte del siglo XX, la familia se ha tornado como el lugar en que se afrontaba la muerte. La convivencia con la misma y la participación directa en los actos que ésta conlleva, hacía a las personas allegadas darse cuenta de que la muerte formaba parte de la vida. Los niños convivían frecuentemente con ella, pero nadie les educaba para vivirla, para sentirla, para superarla.

Fuertemente influidos en el último siglo por la religión católica, ésta se ha convertido en el principal referente cultural desde el que vislumbrar la muerte. Durante los años de la posguerra, esta institución manejaba todo el tejido social y dictaba las normas que la familia y la escuela debían seguir para la superación de la muerte de allegados y el posterior duelo.

A pesar de que los niños vivenciaban la muerte de familiares y amigos frecuentemente y seguían los ritos funerarios, nadie les educaba para la misma. La familia, la escuela y la sociedad silenciaban este momento e intentaban que los niños no pensaran demasiado en ello, dejando el asunto en manos de la Iglesia.

Una educación de calidad permite que el sujeto sea educado en todos los planos de su desarrollo, y para ello es necesario que esta formación dé respuesta a las inquietudes, miedos y vacíos que pueda tener la persona, porque como afirman De la Herrán y Cortina (2008), no existe nada que justifique el derecho a despojar a un niño del aprendizaje de lo que es la muerte.

Haciendo una mera comparación entre la educación de hace 80 años y la de nuestros días, podemos comprobar que el tema de la muerte y el duelo aún sigue hundiendo sus raíces y apoyándose en la religión. A pesar de los cambios educativos del último siglo, la escuela todavía no ha logrado incluir en sus programas el tratamiento a esta temática. No podemos olvidar que desde la escuela queremos formar personas críticas y autónomas; por ello, debemos dotar a los niños de herramientas que les permitan conocer, para posteriormente juzgar y criticar, y finalmente participar en cualquier ámbito de la forma acorde a sus pensamientos.

Lo que pretendemos a través de esta comunicación es que el relato de vida sirva como un testimonio de las vivencias y, sobre todo, de las ausencias educativas respecto a un tema tan importante como la muerte y el duelo, ayudándonos a valorar la importancia de una educación integral que fortalezca el desarrollo humano y la libertad en pro de la mayor virtud y dulzura de la vida: lograr la máxima felicidad.

6. Referencias bibliográficas

- Abella, R. (2008). *Crónica de la posguerra 1939 – 1955*. Barcelona: B.S.A.
- Aventín i Puig, M. (2001). La familia ante la muerte: el culto a la memoria. En *la familia en la Edad Media: XI Semana de Estudios Medievales, Nájera, 31 de julio al 4 de agosto de 2000* (pp 387 – 412). Instituto de Estudios Riojanos.
- Bolívar, A. (2014). Las historias de vida del profesorado. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 19 (62). <http://www.comie.org.mx/documentos/rmie/v19/n062/pdf/62003.pdf> (Consulta 10/2/2015)
- Cartay, R. (2002). La muerte. *Revista Venezolana de Sociología y Antropología*, 12(34) 447-70
- Cobo Medina, C. (1999). *El valor de vivir*. Madrid: Ediciones Libertarias.
- De la Herrán, A. y Cortina, M. (2007). Introducción a una pedagogía de la muerte. *Educación y Futuro*, 17, 131 – 148.
- _____ (2008). La educación de la muerte como ámbito formativo: más allá del duelo. *Psicooncología*, (5), 2 -3, 409 – 424.
- De Miguel, J.M. (1995). “El último deseo”: para una sociología de la muerte en España. *Reis*, 71-72, 109 - 156
- De Puelles Benítez, M. (2009). *Modernidad, Republicanismo y Democracia: Una historia de la educación en España (1898 – 2008)*. Valencia: Tirant Lo Blanch.

- Ferrarotti, F. (2007). Las historias de vida como método. *Convergencia*, 44, 15-40.
- Gala León, F.J., Lupiani Jiménez, M., Raja Hernández, R., Guillén Gestoso, C., González Infante, J.M., Villaverde Gutiérrez, M.C. y Alba Sánchez, I. (2002). Actitudes psicológicas ante la muerte y el duelo. Una revisión conceptual. *Cuadernos de Medicina Forense*, 30, 39 – 5 <http://scielo.isciii.es/pdf/cmfn30/original4.pdf>
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Juliá, S. (2003). Edad Contemporánea. En Valdeón, J., Pérez, J. y Juliá, S., *Historia de España*. Madrid: Espasa Calpe.
- Kübler-Ross, Elisabeth y Kessler, David. (2006). *Sobre el duelo y el dolor*. Barcelona: Ediciones Luciérnaga.
- Martín, M. (2011). *Ganar perdiendo. Los procesos de duelo y las experiencias de pérdida: Muerte- divorcio- migración*. España: Declée de Brouwer.
- Meza, E., García, S., Torres, A., Castillo, L., Sauri, S., & Martínez, B. (2008). El proceso de duelo. Un mecanismo humano para el manejo de las pérdidas emocionales. 13.<http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=47316103007>
- Nomen Martín, L. (2007). *El duelo y la muerte. El tratamiento de la pérdida*. Madrid: Pirámide.
- Oviedo Soto, S. J., Parra Falcón, F. M., & Marquina Volcanes, M. (2009). La muerte y el duelo. *Enfermería Global*, 8(1).1, <http://revistas.um.es/index.php/eglobal/article/view/50381>
- Peinado Rodríguez, M. (2012). *Enseñando a señoritas y sirvientas. Formación femenina y clasismo en el franquismo*. Madrid: Catarata.
- Rivas Flores, J. I., Hernández Hernández, F., Sancho Gil, J.M. y Núñez, C. (2012). *Historias de vida en Educación: sujeto, diálogo y experiencia*. Barcelona: UB.
- Roig López, O. (2002). *La institución educativa española desde la posguerra hasta la transición. Iglesia y Tecnología*. (Tesis doctoral inédita). Departamento De Psicología Social. UAB.
- Rothfuss, P. (2009). *El nombre del viento*. Barcelona: Plaza Janés.
- Vilanou Torrano, Conrad. (2015). Muerte del hombre y muerte de la pedagogía: de la escatología cristiana al presentismo postmoderno. En Cagnolati, A., y Hernández Huerta, J. L. (coords.). (2015). *La Pedagogía ante la Muerte: reflexiones e interpretaciones en perspectivas histórica y filosófica*. Simposio de Historia de la Educación. Actas. Salamanca: FahrenHouse (209 – 212)